

## CAPITULO CXLIX.

En que se tratan y advierten algunas cosas para mayor claridad de la historia y de los nombres de los pueblos y provincias, y de cómo llegaron los españoles que salieron de Tzibola á México, y que aquel tiempo fué el siglo dorado.

Año de  
1542.

He querido advertir por si fuere de algún provecho, que la tierra que llaman de la Florida, á donde Pánfilo de Narvaez se perdió y Hernando de Soto acabó la vida, y toda tierra que anduvieron Cabeza de Vaca, Castillo, Dorantes y Maldonado, es tierra pobre y que carece de bastimentos, y que en toda aquella tierra hasta la provincia de Corazones, aunque es tierra muy poblada, en toda ella no hay una tuna, y que la tierra adentro hacia el Poniente por la parte del Norte es abastecida de comida como el maíz, frijol, calabaza y gallinas, y que tienen ropa de mantas, pabellones y policía de casas.

También es de advertir que lo que se dice Nuevo México, parece no es lo visto en el valle de Tzibola y Tiguex, ni lo que vió Francisco Vásquez Coronado ni sus capitanes, por la razón que hoy se da del Nuevo México; pero lo cierto es que es toda una tierra y provincias, aunque con nombres diferentes, porque los descubridores, como fueron diversos, cada cual les ponía los nombres que quería, conforme á las primeras cosas que veían y les parecían más notables, y así los autores que por relaciones escriben de ellas y de los pueblos, unos las nombran con unos nombres, y otros con otros; y que los primeros que entraron á descubrirlas fueron por diferentes caminos y rumbos y muy apartados del camino que hoy se lleva para Nuevo México, que es el mejor y el más derecho, á causa de estar ya conocida y sabida la tierra, el cual va por Tzacatecas y atravesando parte de los llanos de las Vacas ó por sus orillas, acostándose

á la mano izquierda del Norte, lo cual no hicieron los que fueron con Francisco Vásquez Coronado, que cogieron hacia la mano derecha por donde sale el sol, que si hubieran cogido hacia la mano izquierda, no sólo dieran en el Nuevo México, sino en otras grandes provincias y tierras que corren la tierra adentro hasta la tierra de Labrador, si bien en lo que anduvieron descubrieron muchas tierras y caminaron muchas leguas como queda dicho.

Llegaron á México los soldados que volvieron de lo de Tzibola, y habiéndolos visto el virrey, recibió mucho disgusto y enojo de que se hubiesen vuelto sin su expreso mandato, con que habiendo venido pobres hallaron menos agasajo que otros que después vinieron; pero con todo eso, no faltó quien les hiciese mucha caridad, porque en aquel tiempo de que voy hablando, se usaba mucha largueza, por ser la edad dorada de esta tierra, como parecerá en lo que se irá diciendo. Hubo VENTURA por aquel tiempo en la ciudad de México y en todas estas provincias después que se fué apaciguando la tierra y los conquistadores concertando su asiento y modo de vivir, particularmente en el tiempo que vivió D. Luis de Velasco y en el de D. Antonio de Mendoza, aunque no tanto, por no estar la tierra del todo quieta como lo estaba después, porque no hubo edad más opulenta, ni siglo más dorado, ni más cristiano modo de vivir, ni se trataba de otra cosa que de regocijos, buenas conversaciones, mucha verdad, sinceridad y llaneza; dábanse muchas limosnas, fundábanse hospitales donde se ejercitaba toda caridad, y se trataba del culto divino con mucho cuidado. Jamás en aquel tiempo se vió hambre ni pobreza que incitase á nadie á pedir de puerta en puerta, sino que antes había abundancia de todas las cosas, así de las de España, como las de la tierra, ni faltó á ninguno de lo que para pasar la vida tenía necesidad, y no escasamente, y jamás en muchos días y tiempo, hubo peste ni mortandad general después de las viruelas del Negro de Narvaez, ni murió nadie de repente; y por excelencia contaban en España los que iban de las Indias, que carecían de tres cosas que no se habían visto en esta tierra, que eran hambre,

pobreza y peste, ni se hallaban ni cometían en aquel tiempo latrocinios, ni en los caminos y poblados había violencias, fuerzas ni otros agravios, sino que dormían muchísimos á puerta abierta y en los caminos con seguridad, y se enviaba de unas partes á otras plata, oro y otros haberes sin recelo de que se perderían, y los jueces eran padres de todos y componedores de negocios intrincados y causas ofensivas; y en los virreyes había mucha llaneza y afabilidad con todos, y á ninguno que iba á pedir estancias ó tierras de labor, dejaron de dárselas, y ayuda para las poblar y avío para ello, y aun le rogaban con ello, como fuese sin perjuicio, porque habiéndolo, no lo daban, por no hacer daño á los indios. Demás de eso, tenían los virreyes buenas y abastadas mesas para pobres caballeros, y de sus casas salían muchas raciones para pobres necesitados, y en tiempo desocupado de negocios de Audiencia y gobierno, se ejercitaban en justas y torneos, aconsejando á todos saliesen á entretenerse y que hubiese carrera.

En tiempo del virrey D. Antonio de Mendoza, se iban á su casa los caballeros y otras personas, con ballestas muy galanas y pulidas, y tiraban á un blanco, y si en algún tiro había diferencia, el mismo virrey medía y sentenciaba por aquel á quien le pertenecía el haber dado más cerca, y á este entretenimiento no faltaba nadie, por imitar á los mayores. Había muchos en quien se hallaba caridad, hospicio y buenas obras, que salían y enviaban á los caminos á coger á los pobres y llevarlos á sus casas para regalarlos, y muchos enfermos, aunque en los hospitales no les faltaba regalo; mas querían ir á estas casas; y en confirmación de esta verdad, quiero decir una cosa, dejando otras muchas que se pudieran contar, y es que en casa de un caballero de aquella ciudad, que se llamaba Hernán Pérez de Bocanegra, llegó un pobre hijodalgo y le dijo: "Señor, yo vengo ahora de España y tan enfermo, que me estoy muriendo, y habiendo oído decir la caridad que en vuestra casa hay, me he querido venir antes á morir en ella, que no en los hospitales; por cuanto mi achaque no es sucio ni contagioso;" y así que lo oyó Bocanegra, se levantó y se fué para él y lo recibió con mu-

cho amor, diciendo que fuese bien venido y que en venir á su casa le hacía mucha merced y la tenía por tal, que hiciese cuenta había llegado á la casa de su propio padre, y luego llamó á su mujer, D.<sup>ca</sup> Beatriz, señora de mucho valor y gran bondad, y la dijo: "Señora, mirad que Dios se nos entra por nuestras puertas; haced que se disponga una cama en el mejor aposento de casa y envía á llamar á Pedro López, (que debía de ser algún doméstico suyo), y á vos os encomiendo este hidalgo; curad de su buen tratamiento haciendo cuenta que es mi propia persona." Llegó á estar desahuciado y se le dieron todos los sacramentos, y con el mucho cuidado y cura, sanó y convaleció y le tuvieron en su casa hasta que, procurando acomodarle, se le halló cómodo.

No fué esta la primera ni última buena obra de aquella casa, que fuera menester largo tiempo para contar muchísimas que esta señora y otras de aquella ciudad hacían, como fueron D.<sup>ca</sup> Juana de Sosa, D.<sup>ca</sup> Beatriz de Andrada y D.<sup>ca</sup> Ana de Estrada, y casi en general todas las de la ciudad sin faltar ninguna, con una santa envidia que las unas de las otras tenían, repartiendo entre sí los días y casas de hospitales para llevar á los enfermos de las suyas la comida, regalos y lavatorios necesarios, y cuidar de sus camisas para darlas á lavar y aderezar, y si tenían necesidad, socorrerles con otras.

No sólo se hacía lo referido en la ciudad de México, sino que á su imitación lo usaban en las otras ciudades, villas y lugares, como parecerá en lo que diré, que, aunque no hayan sido con la largueza que aquellas señoras lo hacían, no es justo que deje de saberse para que se conozca la diferencia que hay de este miserable tiempo á aquel, y dejando aparte el gran ánimo y liberalidad que tuvo D. Fernando Cortés y los grandes gastos que hizo en fundar hospitales, y el cuidado que tuvo en fabricar iglesias y otras obras de casas y poblaciones, quiero decir una cosa, por haber sido en los principios de aquellos tiempos, y es que viniendo de la Isla Española á la Nueva España, un hombre de mucho valor, con temporal, dió la nave al través y se quebró en unos bajos de una isla tan pequeña, que,

cuando crecía la mar, casi la bañaba toda, y allí le sustentó Dios milagrosamente, dándole agua dulce y sustento, y sabido por el marqués el suceso, envió por él y mandó que le trajesen con todo regalo, y habiendo llegado, le dió diez mil escudos.

Pues tratando de cosas más humildes, hechas por mineros, ¿qué podré decir? Digo que estando un día en la puerta de la iglesia, en las minas de Tasco D. Luis de Castilla, Fulano de Sandoval, Juan Jiménez, Juan de Caora, Alonso de Nava y otros ricos mineros de los principales, llegó allí un pobre hombre que acababa de venir de España, y los saludó y ellos á él, y preguntando de donde venía y á qué era la buena venida, dijo que había venido en la flota y que venía á buscar á quien servir, por la noticia que tenía de que allí hallaría quien lo ocupase por ganar algún poco de dinero para volverse luego á España á desempeñar unas terrezuelas que por una deuda le querían vender, y era el sustento de su mujer y de dos hijas grandes que dejaba y otros pequeños hijos, y á ponerlo en cobro; y preguntáronle que con cuánto se podía hacer lo que decía, y respondió que con cincuenta ó sesenta ducados que tuviera, se volviera y con ellos desempeñaría su tierra, que era muy buena y agradecida, porque dándola á buen beneficio y cultivándola bien, ella tenía cuidado de pagar y volver mejorado lo que en ella se gastaba, sin ser ingrata ni escasa, y que en España valían más los dineros y bienes que en esta tierra. A esto le dijo Alonso de Nava: "Pues si así es, aquí queremos ver cómo lo decís cumplís," y quitándole el capote que encima traía, haciéndose pregonero dijo: "Tres blancas dan por el capote, y cincuenta pesos á luego pagar y luego rematar, y ciento D. Luis de Castilla, que buena pro le haga, y yo enviaré luego á aquel en cuyo poder quedare, cincuenta pesos, y Sandoval dará ciento, que buena pro le haga, y por los calzones, aunque están un poco rotos, se dan cincuenta pesos, y Juan Jiménez ciento, que buena pro le haga!" y de esta suerte le vendieron zapatos y sombrero y todo lo demás, con que se juntaron ochocientos pesos, y luego Nava le llevó á su casa y le vistió de nuevo y envió

las preseas que en almoneda se habían vendido, á sus dueños, y se cobraron los dineros y se los dió todos cosidos en un paño, y más dineros para el camino y un caballo en que se fuese, y le dijo: "Yo os prometo que si luego no os vais y volveis en la misma flota que vinísteis, que se os ha de quitar todo lo que se os ha dado," y el hombre, dándole muchas gracias, echándole mil bendiciones por el bien que le había hecho, prometió de cumplirlo así, y que todos los días de su vida, le haría decir una misa en cada un año con la mayor solemnidad que pudiese, publicando su bondad.

## CAPITULO CL.

En que se prosigue la materia del pasado.

Año de 1542. La ciudad de los tzacatecos, después que fué al descubrimiento de las minas que se descubrieron en ellas, el capitán Cristóbal de Oñate, echando una fundición en Pánuco, habiendo antes hecho un ensaye y pareciéndole la revoltura no le había acudido conforme quería, aunque había sacado más de sesenta marcos de plata, y algo mohino, un mayordomo que tenía recién venido de España le reprendió con mucha llaneza, diciéndole que ofendía á Dios en no darle gracias por tan gran merced como le había hecho en darle aquella plata, y que en otra lo multiplicaría, y que aquello poco que había salido, si lo tuviera un hombre en España, sustentara su casa y familia, y añadió: "De mí sé decir que si yo alcanzara á tener tanta plata, me volviera á sustentar á mi mujer y hijos, y viviera con mu-